

COMENTARIOS

UN ARAGONES OLVIDADO

EL poema elegíaco es una composición eminentemente subjetiva. Llena y se dirige al espíritu humano. Constituye la verdadera *poesía del dolor*. Dentro de esta poesía del dolor existe otra modalidad, más fina, más delicada, que expresa, con un ligero tinte filosófico, un dolor más profundo si cabe que la elegía, pero no tan desesperado y acre como el que hallamos en ésta. Se trata de la *poesía nostálgica*. Así como en la elegía el poeta está invadido de una manifiesta desesperación, en la nostalgia se encuentra sobrecogido de un dolor agudísimo, las más de las veces, pero lleno de un estoicismo y una resignación admirables; es un llorar tranquilo y sosegado pero que abrasa los ojos anegados en lágrimas. La misma palabra *nostalgia*, del griego *nostos* y *álgos* viene a significar «dolor moral por ausencia» o, lo que es lo mismo, un dolor producido por la ausencia de algo; de otros tiempos mejores, añorándolos, recordando momentos felices siempre en parangón con los actuales y presagiando a la muerte que se traduce en un cansancio del vivir.

En esto consiste la poesía nostálgica, con lo cual sólo cabe prefiar las características más salientes. La primera es el aislamiento. Los pocos creadores son casos perfectamente aislados, sin formar escuela. El máximo artífice de esta poesía—en realidad casi toda ella es española—, Jorge Manrique, que con sus *Coplas a la muerte de su padre*, supo asomarse a las tinieblas del pasado, es una figura *aislada* en el cuatrocentismo castellano. Este aislamiento manriqueño, como se puede ver, es bien notorio, a pesar de que en los mismos años escribiera otra gran figura nostálgica del Parnaso español, el aragonés Pedro Manuel de Urrea, de cuya figura trataremos extensamente. Aragón y Castilla estaban bastante alejadas con sus respectivos problemas—por lo menos temporalmente—hasta que Fernando e Isabel les dieron solución.

En plena Reconquista y en la corte de Roda destacóse un poeta hispano-árabe: Abul-Beka. Los reinos *taifas* españoles están plagados de poetas muy a propósito para divertir a la molición e indolencia de que

estaban rodeados sus monarcas. Abul-Beka recoge en su obra los últimos latidos de la cultura y poderío musulmán en la Península. Su poesía es nostálgica.

Ramón Domingo Perés, cubano de 1863, pero al fin español, es uno de los mejores críticos literatos que ha tenido Hispanoamérica. El es el que ha descubierto en su *Historia de las literaturas antiguas y modernas* un nuevo lauro de la poesía nostálgica universal: el chino Tu-Fu. Por lo raro del caso y al mismo tiempo por la autoridad que lo dice, hay que incluirlo en esta corriente. Vivió Tu-Fu en el 712 a. de J. C., y tiene composiciones bellísimas y llenas de un encanto admirable.

La segunda característica de esta poesía es su ambiente *filosófico*. Su filosofía sencilla y velada se manifiesta a través de toda la corriente. «Es una cosa—como líricamente ha dicho Azorín hablando de Manrique—etérea, sutil, frágil, quebradiza... Es una ráfaga que lleva a nuestro espíritu allá hacia una lontananza ideal. La crítica no puede apoyar mucho sobre una de estas figuras; se nos antoja que examinarlas, descomponerlas, escrutarlas, es hacerlas perder su encanto».

Cualquier objeto que encontremos, en el fondo de los armarios, y que perteneció a otros tiempos, en seguida nos sugiere recuerdos, tristes porque la juventud ya se fué con su alegría, pero alegres porque el recordar es volverla a vivir. Entonces filosofamos. Todos esos momentos de nuestra pasajera juventud, *¿qué fueron sino rocíos de los prados? Rocíos de los prados, verduras de las eras, pétalos que caen en el otoño de la vida.*

A consecuencia de esta continua tristeza, irremediable, la nostalgia trae consigo una especie de *desolación*, desamparo y presagio de muerte. Manrique con mucha frecuencia se dirige a la muerte y le recrimina su traición que usa para llevarse a los seres queridos: *cuando tú, cruda, ensañas*. Si el espíritu de estos nostálgicos se sentía ya de por sí a *orillas de la vida*, al margen de la eternidad, bastaba tan sólo un infortunio, un golpe cualquiera en la vida, para desbordarse el vaso de su tristeza. Jorge Manrique recibió la muerte de su padre algo así como una punzada hiriente y dolorosa, que hizole prorrumpir con las Coplas inmortales. Abul-Beka veía de cerca el hundimiento inmediato de su pueblo con esa patente decadencia que trae la disgregación. A Tu-Fu, como buen oriental, le bastaba el otoño para impregnarse en melancolía. A nuestro Urrea la vida también le fué cruel, con ese malestar que producen las desavenencias familiares y las constantes peleas que de ello resultan: también él ansiaba una paz que no podía lograr. Por eso deseaba la católica liberación de la muerte.

La última característica que vamos a señalar es el *recuerdo de otros tiempos* que fueron mejores; lo que el Dante llama nostalgia «del tempo felice». Es un fenómeno poco menos que inexplicable este de conside-

rar mejores los tiempos pasados que los presentes. La historia está llena de casos de éstos. Nuestra generación es peor que la anterior en cuanto que aquella es más mala que su precedente. Y de la misma forma nosotros seremos mejores—como generación—que nuestros hijos. Por lo menos así es la creencia.

Cuando Bartolomé Leonardo de Argensola decide salir a la paz del campo, lejos del bullicio de la corte, se plantea el mismo problema. En el momento que esté allá gozando de las delicias de la Naturaleza, ¿no dejaré de recordar con tristeza los tiempos pasados? Cuando reciba la carta de un amigo, o me entere del triunfo de aquel compañero o la caída de aquella dama, ¿no sentiré algo así como una nostalgia, un arrepentimiento por haberlo dejado? El vate aragonés tiene miedo de dejar la corte: ¿quién sabe si habrá perdido para siempre esa vida de honores y cortesía constantes? Este es el espléndido panorama que ofrece ante nuestros ojos la poesía nostálgica. Pero eso no es todo. Aragón ha aportado a su parnaso—floreciente parnaso—otra figura cumbre que ya va siendo hora que se la introduzca a formar parte de esta corriente: Pedro Manuel Ximénez de Urrea.

INTOLERABLE.—Séneca, el primer desterrado español, exclamó con voz melancólica en aquella tarde con cielo limpiamente azul al pie de las rocas de Córcega: *Carere patria intolerabile est*. Qué cantidad de recuerdos no debieron de acumularse en su mente para que su espíritu—de una fortaleza inquebrantable—dejara exclamar con aire cansado y nostálgico: ¡Cuan intolerable es estar fuera de la patria! La patria: compendio de amigos, familia, alegrías, tristezas, luchas... recuerdos imborrables de la soleada Bética, tierras holladas por las pisadas de la niñez. De todo eso carezco; o sea, de todo absolutamente.

Intolerable. Pero, ¿no hay motivo de desesperación? Al fin y al cabo el mundo se ha terminado para mí. Las glorias, las adulaciones y falsas alabanzas, ¿no quedan ya lejos, allá en los arcanos de la memoria? Pues, ¿qué puede ofrecer de particular la vida de un hombre en un rincón del mundo por más bello que éste sea? Caer en la mediocridad sería lo último. Sólo podemos aceptar el sacrificio: el único camino de la virtud.

Esta actitud encuadrada en un hombre del siglo xv o xvi la calificaríamos de *católica*; pero tratándose de un hombre del lejano siglo i de nuestra era sólo tiene un adjetivo: el de *estoico*.

Séneca fué, pues, el primer nostálgico—con una nostalgia vivida—nada más con pronunciar su famosa frase.

Idéntico temple tuvo que tener el gran aragonés Urrea, figura destacada de nuestras letras, del que nos vamos a ocupar brevemente. Curtido en luchas continuas, en desavenencias familiares por las cuales

se veía desunida una de las familias de más abolengo aragonés y en contiendas civiles que conmovieron al reino por la activa parte que tomó en ello el duque de Villahermosa y conde de Ribagorza (don Alonso de Aragón), en contra de los Urreas.

Todas estas contrariedades debieron de afectar hondamente al delicado espíritu de nuestro poeta. Cuántas veces, desolado, debió Urrea exclamar con los ojos puestos en el firmamento: ¡qué cosa tan *intolerable!*

URREA: EL HOMBRE.—Se puede fijar en 1468 la fecha de su nacimiento, aunque no con exactitud ni mucho menos. Fué hijo segundo de don Lope, primer conde de Aranda y dueño de los términos de Trasmoz y Mata de Castilviejo. Su padre murió dejándole a temprana edad. Casó en 1505 con doña María Sesé, al parecer a los diecinueve años, de cuyo matrimonio tuvo tres hijos: don Miguel, don Lope y don Pedro. Fué un verdadero amante de su mujer, tratándola con un cariño y admiración increíbles:

Lo que agradezco a ventura
es que me dió por mujer
la hermosura y el valer,
la riqueza y la cordura.

Su educación tuvo que ser esmerada como correspondía a la calidad de su familia. Pero la mayor parte de la labor la hizo él mismo, con su afán al estudio y a la lectura de los clásicos, los cuales conoce a la perfección. En cuanto al latín, su lengua favorita con el italiano, lo conocía poco según dice en uno de sus prólogos: «Yo siempre de muy pequeño, he sido muy codicioso de la lengua latina, y aunque carezco della, que no halla alcanzado tanto como quisiera y para esto fuera necesario, con lo poco que della he oído, la doblada afición ha consentido una poca obra al mucho deseo: no que sea como merecedora de alabanza».

No obstante su desmedida modestia, le hacía menospreciar constantemente su obra, llegando a decir que se contentaba con que su *Cancionero* fuese *una esperanza de ser algo*; a lo que contestó Menéndez y Pelayo que «en verdad fué mucho más que eso, puesto que en él se manifestó y afirmó por vez primera el genio poético aragonés con algunos de sus esenciales caracteres».

Evidentemente desde Urrea—estamos ya en pleno umbral del Renacimiento español, base de nuestro siglo de oro—puede ya empezarse a contar la historia literaria de Aragón. Urrea es católico. Y esa *catolicidad* de que puede hacer gala se manifiesta en su obra, y no tiene reparo alguno en confesar su fe a cada momento, por cualquier motivo:

Yo rudillado como cristiano
a ti trino Dios, por la santa Cruz
te ruego, que me oyas en tu grande luz
a mi que me llamo muy grande gusano,

Asistió en 1502 a las Cortes en que fueron jurados herederos de la Corona y como tales príncipes de Aragón los archiduques don Felipe el Hermoso y doña Juana. Tuvo parte como miembro de su familia y personalmente en la batalla que se encendió casi por todo el reino dividido en dos bandos: la casa de Aranda, a la cual pertenecía nuestro poeta, y la casa de Ribagorza (duques de Villahermosa), que ayudaba al abad de Veruela. El único documento que se posee relativo a estas luchas es sospechoso de parcialidad. Se trata de la relación que hizo el monje fray Atilino de la Espina en el *Registro universal* del monasterio. Los duques de Villahermosa habían favorecido enormemente a la abadía y era natural «y de agradecidos»—como dice fray Atilino—el que se le diera la razón... a quien probablemente no la tenía. Empezaron estas cuestiones en marzo de 1510 y estuvieron removidas durante tres años, terminando en 1513 por orden del Rey Católico, el cual condenó al de Ribagorza a destierro. Zurita no vió la cosa tan grave, es más, hasta con cierta indiferencia, asegurando *que era como dentro de casa*; sin embargo, podemos creer que rayó en contienda civil.

En el año 1513 apareció publicado en Logroño el *Cancionero* de Urrea. El espíritu frágil del poeta desde los primeros años de su vida, siguió minando su carácter, no obstante la valentía que quiso mostrar y sus ideales militares. Creía Urrea que el empuje, la furia y la actividad eran las divisas del buen militar, unido esto a ese aire temerario ante la muerte; pero no observaba que la pericia diplomática y la astucia política valían muchas veces más que esa temeridad. De esta forma es explicable el *me muero aquí sepultado* de sus versos aludiendo a sus tierras lejos de la actividad que hubiera encontrado en otras partes del reino. Con todo esto, no está en nuestro ánimo el decir que Urrea fuera cobarde, antes bien otros en la misma situación hubiéranse mantenido peor, sólo exponemos su erróneo ideal político que se forjaba allá en la placidez campesina de sus tierras.

EL AMBIENTE LITERARIO EN LA CORONA DE ARAGÓN.—La Corona de Aragón fué la primera que presenció y colaboró al renacer de la cultura moderna de Italia.

Nápoles—la hermosa ciudad bajo cielo azul claro y luminoso del Mediterráneo—recordaba perfectamente la entrada triunfal del Magnífico que con su séquito de poetas constituyó la *vanguardia aragonesa* del saber. Tras de este acontecimiento—que debemos constantemente seña-

lar como momento de inicio—Italia se convirtió en la cuna del saber y la cultura de aquel tiempo. Poetas, escultores, pintores, estadistas, políticos, gobernantes, inventores fueron sembrando gloria a la dulce Italia. Dante, Petrarca y Boccaccio prepararon el camino a Tasso, Ariosto y Sannazzaro. Botticelli, Giotto y Fra Angélico a Rafael, Miguel Angel y Vinci. Y así apareció una procesión interminable durante dos siglos enteros: xv y xvi.

Al advenimiento del reinado de los Reyes Católicos, España fué un mecenazgo de escritores y hombres de letras. La *Divina Comedia* adquirió verdadero *carácter nacional* influyendo en nuestros literatos del cuatrocientos hasta formar la escuela alegórico-dantesca con los nombres de Santillana, Mena, Micer Francisco Imperial... Después la influencia italiana se hizo sentir con más fuerza durante todo este tiempo preparando el camino a nuestro siglo de oro.

Aragón, antes de la unidad traía noticias de las costas mediterráneas, porque sus naves cruzaban constantemente el mar, comerciando, ayudando o imponiendo su voluntad, como muy bien rezan sus estrofas:

¡No salga al mar ni un solo mástil!
ni su escamado lomo
los peces mismos a asomar se atreven
si en él las armas de Aragón no llevan.

Rodeado de este ambiente literario, es natural que Urrea, hombre que no tenía pretensiones de poeta, sufriese una influencia enorme de los grandes autores—nacionales y extranjeros—que conoció en su época. Grande y buen lector de clásicos latinos e italianos fué forjando su cultura y muy pronto se aventuró a construir su obra, teniéndola acabada a los veinticinco años.

Si leemos detenidamente sus prólogos, podremos comprobar la admiración que tenía por sus maestros, los clásicos, dándonos a entender al mismo tiempo el conocimiento profundo de ellos. En su composición *Fiestas de Amor* recoge el fruto de sus lecturas de Petrarca y de Dante. El comienzo de la obra casi es una traducción de los versos del aretino:

Quando ya Titán metido
en la su casa de Toro,
ya lo elado a clarecido;

entre los españoles tiene muy en cuenta al marqués de Santillana cuando éste decía en sus *Proverbios*, escritos para educación del último Enrique:

Gran corona del varón
es la mujer.

Urrea en las coplas a doña María, su esposa:

Que si dicen que es corona
la mujer de su varón,

Pero su verdadero maestro, al que tiene muy en cuenta, es Jorge Manrique y a través de él la literatura que influyó a este último. Cuando el poeta aragonés pregunta a la muerte dónde están los sabios antiguos, los magnates que desaparecieron, le contesta:

Hombre que me has preguntado
de lo pasado te cuente,
*no responderá mi grado
diziendo de lo pasado:
bablemos de lo presente.*

A cuya memoria nos vienen los versos 169 y siguientes de las Coplas de Manrique:

Dexemos a los troyanos
que sus males non los vimos
ni sus glorias;
dexemos a los romanos,
aunque oimos y leimos
sus estorias.

Que a su vez tienen en cuenta lo que afirma Santillana en *Prohemio o carta...*: «Mas dexemos ya las estorias antiguas, para allegarnos mas cerca de los nuestros tiempos».

Con estos materiales—los mismos casi que Jorge Manrique—trabajó Urrea, cayendo en muchas frases hechas propias de la época, pero aparte de esto supo levantar su obra de la medianía para encauzarla por el camino de la inmortalidad.

NOSTALGIA.—La obra completa de Urrea se publicó por primera vez el año 1513 en Logroño, en la imprenta de Arnao Guillén de Brocar, primorosamente impresa como correspondía a la nobleza del autor. Esta obra está casi toda ella orientada hacia un carácter nostálgico. Su filosofía poética es delicada y temblona como previendo nuevos embates, pero eso no hace más que presagiar a la Muerte; pero tan de cerca nos la presenta, que continuamente dialoga sin miedo y hasta con valentía, permitiéndose acusarla cara a cara. La teme antes de tenerla delante, pero en el momento que llega se rehace y se enfrenta.

En la composición dedicada a su madre sobre el pleito que mantuvo con el conde, su hermano, considera las adversidades de este mundo, los males que se derivan de los placeres desordenados y la for-

taleza que hay que mostrar en este valle donde nos encontramos en un perpetuo campo de batalla. Su pensamiento es claro y quiere ser moralizante:

El que conocer desea
el varón que vive fuerte,
mírelo
quando lo viere en pelea,
porque vea si su suerte
teme, o no.

El hombre fuerte no se reconoce en la vida burguesa, sino en pleno campo, cuando enfrente del enemigo, de la contrariedad, del infortunio, no le teme. Con entereza de ánimo lo recibe, y le ofrece pelea, por eso debe tener los nervios tensos y prestos porque el que descansa pronto se acomoda y queda vencido:

¿Quién será flaco varón,
si la fortuna lo dexa
sosegar?
Más el rezio corazón
huelga que fortuna texa
su telar,
y si se pone por medio,
no desmaya el sufrimiento:
la firmeza
espera presto remedio;
vive siempre el pensamiento
en fortaleza.
Los corazones mayores
nunca suelen desmayar
viendo la muerte,
que los buenos luchadores
siempre huelgan de luchar
con lo más fuerte.

Muy corriente es entre nuestros poetas desarrollar el tema de la Fortuna, nunca quieta, elevando a unos y hundiendo a otros. Mena, Santillana, Gómez y Jorge Manrique recogen en sus obras dicho tema. Urrea lo expone con estas palabras, expresivas, que dan sensación de un ondulamiento dinámico:

Estas cosas van en rueda,
dan, pues no están en un ser,
de bien en males:
la rueda nunca está queda,
siempre la vemos mouer
en los mortales.

Quándo baxo, quándo arriba,
 siempre va dando sus bueltas
 muy redondas;
 Uno sube, otro derriba,
 sus cosas van desenbueeltas
 van en ondas.

Estos versos nos dan una sensación de movilidad enorme. Urrea conocía demasiado el mundo con sus cambios, y seguramente había comprobado, por experiencias familiares, esta *dinamicidad* de la Fortuna. Jorge Manrique también tiene aciertos pero sus versos carecen de ese movimiento que apuntamos.

También tuvo palabras de queja resignada en las coplas dedicadas a su madre, cuando el castillo que poseía su familia quemóse totalmente

Que los pintados palacios
 do está la delectación,
 de todos vicios despiertan...
 también les vendrá sazón
 que en no nada se conviertan.
 Que todo acaba en tristura:
 ¡Qué placeres y dolores
 en pintados corredores!
 ¿Qué se hará aquella pintura?
 ¿Qué ha sido de los pintores?

El alma del poeta repleta de sentimientos se desborda, con una naturalidad poco común en la época. Menéndez y Pelayo asegura que «es tan raro encontrar en la fastidiosa y contrahecha lírica del siglo xv, en aquel erial de sentimientos falsos y de frases hechas, en aquella hueca gimnasia de rimas, algún acento que brote del alma, que sólo por haber reintegrado algunas veces los derechos de la verdad humana, es Urrea merecedor de grande estima».

De cuando en cuando una vaga melancolía le invade. Ocurre en uno de esos días pesadamente veraniegos en los campos de Aragón, en que la naturaleza parece explotar de alegría llena de luz y color, pero —paradoja de la vida— asoma en el pensamiento una tristeza tenue y callada que por lo mismo hiere despiadadamente. Y la misma alegría cuanto más bulliciosa, acentúa el dolor. Sin embargo por eso no deja de apartarse del bullicio: parece encontrar alivio cuanto más prolongado se haga el dolor:

En el plaziente verano,
 do son los días mayores,
 acabaron mis placeres,
 començaron mis dolores.
 Quando la tierra da yerua,
 y los árboles dan flores;

quando aves hazen nidos
 y cantan los ruiseñores;
 quando en la mar sosegada
 entran los navegadores,
 quando los lirios y rosas
 nos dan los buenos olores;
 y quando toda la gente,
 ocupados de calores,
 van aliuando la ropa
 y buscando los frescores;
 do son las mejores oras
 las noches y los albores,
 en este tiempo que digo
 començaron mis amores...

Este romance—sin duda alguna el mejor que tiene—posee ese encanto agridulce, ese «amargo dulçor», en que consiste la nostalgia elegiaca.

LA MUERTE: IGUALDAD Y NIVELACIÓN. —Casi me atrevo a decir que en la Edad Media española se cristalizó nuestro espíritu democrático. Porque España ha sido el país más democrático de la tierra, como se aprecia a lo largo de su historia. Los actuales tenderetes político-democráticos impregnados con el sabor masónico no son más que juegos de máscaras comparados con la seriedad práctica de la democracia de los reinos cristianos.

Los reyes de Aragón, el día mismo de su subida al trono, bajaban humildes la cerviz ante la autoridad del «demos», al oír estas duras pero significativas palabras: «Nos, que cada uno valemus tanto como vos y que juntos podemos más que vos, os ofrecemos obediencia, si mantenéis nuestros fueros y libertades y si no, non».

Y ahí están *Fuenteovejuna*, el gran poema de la democracia, y el villano Pedro Crespo que supo imponer la igualdad jurídica. Y Don Quijote dando lecciones a los cabreros con el soberbio discurso—inmortal, como su autor—que comienza: «Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quienes los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignorando estas dos palabras de «tuyo y mío...»

Y esa igualdad democrática tenía su fundamento en el pensamiento en la muerte, la gran igualadora, la que nivela en su balanza miserias y riquezas. Ella se encarga de democratizar en el último momento todas las asperezas. Los escritores españoles hasta el Renacimiento se complacen en pensar en la muerte.

El origen de este pensamiento lo encontramos allá por las lejanías del año mil, el año del fin del mundo. Nuestro aragonés también nos presenta a la muerte. Ahora bien, ¿cómo lo hace?

Para él la muerte es un personaje más. La encontramos hasta comunicativa, parlanchina, llena de un dramatismo real. Aunque luego sus actos la muestren baja, traidora, vil... Cuando en los diálogos que sostiene con el poeta, éste le pregunta:

Pues, preguntote, homicida,
¿do están los que aquí estuvieron?,

la Parca sin contestarle le exhorta a que le siga a sus dominios. Y es entonces cuando ante los atónitos ojos del poeta—y ante los nuestros—presencia el infierno de los enamorados. Un infierno en donde desfilan figuras conocidas—Niobe, Hippo, Proserpina, Safos, Lucrecia, Porcia, Cleopatra—, crímenes, amoríos deshonestos, envenenamientos... cosas horrendas con una naturalidad sorprendentemente dantesca. En veinticuatro estrofas traza ese infierno con la soltura y agilidad mental de los sueños y con una esperanza: la del que busca corrección a sus vicios y consuelo a sus dolores ante la vista de los ajenos. Después resume:

Dizen: aquí podréis ver
cosa de muy gran terror:
un gemir, un padecer
con las muestras de plazer
para sentir más dolor.

El alma del poeta vuelve de la ficción. Entonces se atormenta con duras preguntas—eternas en la historia del hombre—: ¿a dónde iremos?, ¿por qué?, ¿cómo?, ¿a qué?... Y al querer saber en qué momento, una frase recorre escalofriante:

Aunqu'el *cuando* no se sabe.

En uno de los magníficos cuadros postrimeros de Juan de Valdés Leal—el gran plasmador de la muerte—se admira la balanza de la eternidad ajustada perfectamente en el fiel, sosteniendo en un platillo las ambiciones humanas: corona, báculo, cetro, dosel... y en el otro un simple perrillo hecho un ovillo dormitando con una tranquilidad doméstica. ¡Significativa igualdad impuesta por la muerte! ¿Puede decirse más después de este *balance* de los hechos? Sí. Valdés Leal no quiere dejar despistado al poco observador y coloca estas desesperanzadoras palabras a los excesivamente amantes de los breves de este mundo: *Ni más... Ni menos*. La miseria, la poquedad representada por un despreciable goz necillo no es más que las glorias apetecidas por los mortales.

Ni más... Ni menos, eso es lo que hace la Parca cuando decide segar una vida escogiéndola al azar.

¿OTROS POETAS?—Tras de esto sospechará el lector que en Aragón no ha habido otro nostálgico que Urrea. Efectivamente, la poesía aragonesa se reduce estrictamente a este poeta, ya que nostálgico, lo que se dice nostálgico, con las características que hemos venido apuntando, no ha habido otro,

No podemos pasar desapercibidos a los Argensolas, que llevan salpicaduras en sus obras que demuestran una vez más la herencia nostálgica española a partir de la Danza de la Muerte. La corte es pródiga en jolgorios y alegrías, pero de cuando en cuando un personaje desaparece, dejando en suspenso a los demás, meditando la cortedad de la vida. Es sólo un minuto de tristeza que irá poco a poco aumentando sin darnos cuenta.

Esto es lo que notamos en los Argensolas. Los dos quieren desviar el trágico pensamiento de su obra y sin embargo parece que el fantasma no se borra de sus mentes, que les sigue a todas partes:

Imagen espantosa de la muerte.

Bartolomé en «A las exequias de Felipe III celebradas por la Universidad de Zaragoza», parece protestar enérgicamente:

¡Oh inmutable
ley y fuerza del hado, que lo fuerte
es debido a la muerte,
como lo más caduco y miserable!

Es hora ya por tanto de que Urrea quede encuadrado en las filas de la poesía nostálgica mundial, que es el lugar que le corresponde. Hasta ahora se le consideró de tercera fila y sin embargo el mismo Menéndez y Pelayo lo ha dicho: «La patria de Marcial y de Prudencio no había tenido voz hasta entonces en el coro de las literaturas vulgares».

El español es regularmente viajero pero muy pegadizo a la tierra, de tal manera que luego añora a su país. Los hombres todos que pisaron por primera vez tierra americana dejaron como prueba del continuo recuerdo de su tierra, nombres que hablaban de España: Granada, Valencia, Barcelona, Guadalajara, Nueva España... Cualquier paisaje, valle o montaña americanos les traía a la memoria lugares donde pasaron su niñez. Esta cualidad de nostálgico en el español ha sido notada por grandes escritores. Gregorio Marañón, en *Españoles fuera de España* nos cita nombres tan egregios como Luis Vives, Garcilaso de la Vega y otros que, manteniéndose fuera de España, llevaron con resignación su destierro aunque su corazón sangrara de nostalgia.

Un aragonés mismo — el profundo Baltasar Gracián — dirá a propósito de esto: «¿No te parece muy seca, y que de ahí les viene a los españoles aquella su sequedad de condición y *melancólica gravedad*?

De *melancólica gravedad* es el carácter español, y de una manera tan manifiesta como aparece retratado el anónimo personaje — que muy bien pudiera titularse *español* — en la obra del Greco: un caballero con la mano en el pecho y mirando al infinito.

JOSÉ LUIS ARREGUI